

—Reflexiona que de momento no hay tan posibles soluciones como parece para sustituirle ventajosamente. Todo ese gran problema tiene que supeditarse al general problema de las elecciones municipales.

—¿Tú piensas que se anulen?

—¡Quien puede lanzar afirmaciones en este punto! Si á creer vamos lo que un periódico ha dicho con referencia á ciertas declaraciones, ese peligro no hay que temerlo. Si oyes en cambio hablar en privado á otros altísimos elementos ministeriales, te sorprenderán sus contrarias afirmaciones relativas á la posibilidad de que el suceso se realice.

—¡Demonio, demonio, y que enredado anda todo esto!

—Ya irá desenredándose por momentos. En las artes políticas, que yo llamaría bellas artes—pero sin academia—se suceden los acontecimientos con tan vertiginosa rapidez, como en las alturas del espacio se acumulan y se deshacen veloz y caprichosamente las nubes ya densas, ya vaporosas, al tornadizo embate de los vientos. ¿Vés tú, cuan pavoroso se presenta á nuestra vista el problema de la política local? Pues á medida que los días se sucedan, irán cambiando y transformándose los elementos todos que se disgregan ó se agrupan en el espacio liberal, según las indicaciones barométricas.

—Por eso que dices y con ocasión de tan bellas teorías, voy á proporcionarte otra noticia.

—Loco estoy ya Tobálo con tantas como circulan. ¿Es por ventura que Vigar rehusa la alcaldía que con empeño y decisión le ofrecen sus amigos?

—No, Calínez. Vigar se sacrificaría, si fuese preciso, por su patria y su partido. No es eso lo que voy á contarte.

—Entonces.....

—Se dice que los moretistas que se quedaron á la otra orilla viendo venir los acontecimientos, sin abandonar la margen ledesmista, convencidos de que nada podían esperar ya de ese lado, van desfilando ante la magestad laynezca y presentándose con armas y bagajes al general canalejista.

—Algo tarde parece.

—Eso digo yo, Calínez.

—Pero habrás de reconocer que este sistema es práctico y previsor.

—Reconocido, Calínez, pero no muy espontáneo.

—Veo que discurre en ocasiones, con tan juicioso acierto, que muchos distinguidos políticos quisieran tu sensatez, Tobálo, para engalanarse con ella en las grandes solemnidades.

—Oye Calínez. ¿Y que pensará Verdejo de la deserción de sus amigos y de la espantosa soledad en que le dejan?

—D. Guillermo, Tobálo, no piensa nada en estos momentos con rela-

ción á ese punto para él sin importancia. Al decir de los suyos, nunca le concedió valor más que á sus personales aspiraciones, por las que siempre luchó con denuedo. Es natural, que, no obstante, la partida de sus amigos, la considere como una partida serrana.

—Serrana has dicho y acude á mi mente el nombre de D. Leopoldo, el senador y el prometido como jefe en esta provincia, de los antiguos y nuevos canalejistas ¿Qué sabes tú, de Don Leopoldo?

—Si me reservas la noticia, te diré en secreto que D. Leopoldo renuncia á la mano de Doña Leonor.

—¡Que asombro! ¿Será posible, Calínez, que hayan de quedarse sin tan cacareada jefatura las huestes democráticas? ¿Qué motiva, Calínez, tan dolorosa resolución?

—Calma tus inquietudes. D. Leopoldo es un sábio, créeme esto que te digo. D. Leopoldo es un lince. Hay que admirar esa maravillosa declaración. Pero otra le queda, Tobálo. Son misterios de la alta política, que ya irás conociendo.

—¡Ay, Calínez, Calínez! Yo estoy desorientado con todo cuanto ocurre y te aseguro que sufro torturas infinitas ante la magnitud de estos enigmas.

—Calma, dulce amigo, calma. Y si para tranquilizar tu ánimo quieres aceptar mi consejo, proporciónate otra conferencia con quien mejor te parezca de los conspicuos mangoneadores de la situación. Así saldrás de tu apuro.

—Pues adios Calínez. Voyme disparado á recojer impresiones, ¡ah! y á contar los liberales que aún quedan subidos en la tapia.



Por si no habia bastante con la enfermedad reinante hoy tenemos que añadir una que es más que alarmante, y que nos hace reir.

La enfermedad declarada, se nos coló de rodón, y anda la ciencia asustada, porque no puede hacer nada para nuestra salvación.

Se consultan pareceres, y hombres, niños y mujeres, dicen que un remedio apremia, pues reviste caracteres de verdadera epidemia.

¿Que cual es la enfermedad que causa tanta ansiedad y que trae á la Nación intriguada de verdad? La de la declaración!

Como en otras ocasiones en estos instantes críticos de sustos y desazones, háuse dado los políticos por hacer declaraciones.

Y no es una cosa rara hallar á un chisgarabís que su discurso prepara: hoy todo el mundo declara para salvar al país.

Lanzando lamentaciones ha declarado Moret, y para dar soluciones declaró también Gasset. y declara Romanones.

Ignórase en absoluto de tanta palabra el fruto, y ya duelen las orejas, de oír lo que Canalejas declara á cada minuto.

También en esta ciudad entróse la enfermedad, y por un motivo fútil já cuanta palabra inútil se ha dado publicidad!

Para hablar no duelen prendas, y todo son componendas, y todas son soluciones: ¡Se oyen cosas estupendas en estas declaraciones!

A instancias de un escritor, el Sr. Gobernador su declaración ha dado, y no sabe el buen señor el cisco que se ha formado.

Layneza también declaró cuando de Madrid volvió á estas modestas esferas. ¡Qué iban á decir sinó, las naciones extranjeras!

Pero de todo, á mi ver, de cuanto han ido á verter tanto y tanto declarante, no hay nada tan importante como lo que supe ayer.

Langle, el ilustre escritor, borrando todo rencor y sin decir tus ni mis, ha declarado su amor; su amor á Pepe Jesús.



Á MI TÍO EN MADRID (ó donde se halle)

Tío de mi alma: Dos veces he tenido noticias tuyas y con las noticias recibí muy buenos consejos. Demorar un día más la contestación, sería descortés irreverencia y falta de respeto. Sirvanme de disculpa las apremiantes ocupaciones de estos días. Apenas nació á la vida pública, hube de ocuparme en trabajos electorales de importancia que absorbieron mi tiempo y me privaron del placer de contestar á sus amables renglones. Desde luego insisto en mis aspiraciones al tercer